MISIA PEPA

POR CONSTANCIO C. VIGIL

EDITORIAL ATLANTIDA S. A.

OBRAS DE CONSTANCIO C. VIGIL

El Erial.
Las Enseñanzas de Jesús.
Reflexiones Cristianas.
Las Verdades Ocultas.
La Educación del Hijo.
Amar es Vivir.
Vidas que Pasan.
El Hombre y los Animales.
El Maíz, Fabuloso Tesoro.
Alma Nueva.
Marta y Jorge.
Vida Espiritual.
Cartas a Gente Menuda.
Mangocho.
Compañero.
Diario de un Niño.
La Escuela de la Señorita Susana.
¡Upa!

CUENTOS:

Misia Pepa.
Los Chanchín.
El Mono Relojero.
Muñequita.
Los Ratones Campesinos.
El Sombrerito.
Tragapatos.
Botón Tolón.
La Hormiguita Viajera.
El Manchado.
La Dientuda.
La Familia Conejola.
La Reina de los Pájaros.
Chicharrón.
El Bosque Azul.
Juan Pirincho.
Los Enanitos Jardineros.
Los Escarabajos y la Moneda de Oro.
Cabeza de Fierro.
El Imán de Teodorico.
La Moneda Volvedora.
El Casamiento de la Comadreja.

Lista de Precios a disposición de quien la solicite en
Editorial Atlántida, Sección Libros, Fto. 484, Buenos Aires.

Alicia Cabral Brambilla
24-XII-60.-

MISIA PEPA

POR

CONSTANCIO C. VIGIL

7ª. Edición, de 50.000 Ejemplares

EDITORIAL ATLANTIDA
BUENOS AIRES

Ilustraciones de Federico Ribas

Derechos reservados
Hecho el depósito que marca la Ley.
Printed in Argentina

MISIA PEPA

LOROS Y COTORRAS FUERON GRANDES PERSONAJES

HUBO un tiempo en que sólo podían hablar entre sí los animales cuyo nombre empezaba con la misma letra. No se sabe por qué vino esta ley; lo cierto es que existía y que debía cumplirse estrictamente.

Parece que la enemistad entre perros y gatos viene de entonces, porque no se entendían. En cambio el tordo y el toro se hicieron grandes amigos, y aún hoy se les ve juntos y el tordo se pasea por el anca del toro.

El avestruz podía comunicarse con el águila, la ardilla, la avispa, la abeja y con todos los demás animales de los que la primera letra del nombre fuera "a".

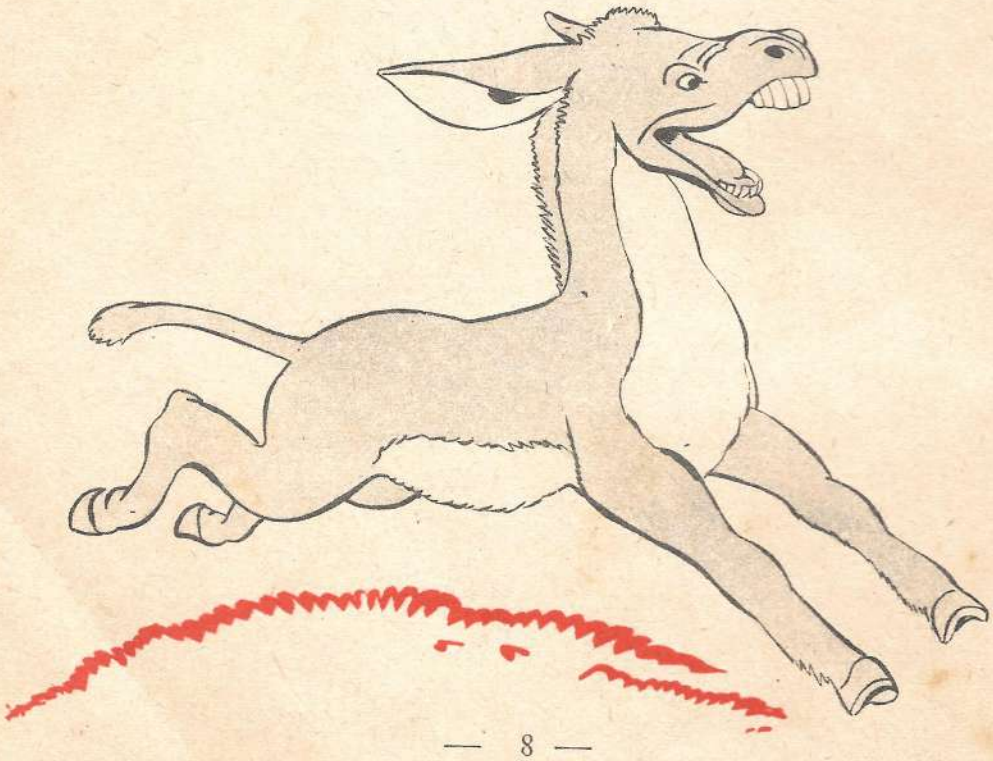
La foca podía hablar con el faisán y el flamenco. En realidad ni los veía ni tenía nada que decirles.

Tampoco necesitaba la hormiga comunicarse con el hornero, la hiena o el hipopótamo, que poseían de letra inicial la "h".

Los animales cuyo nombre empezaba con "p" y con "c" eran más numerosos y, por lo tanto, tenían más oportunidad para conversar.

Favorecido con la ley resultaba el cerdo, porque como también es llamado chancho, cochino y puerco, se entendía con los animales en los que la primera letra del nombre eran la "c", la "ch" y la "p". Fué por esto que adquirió la costumbre de gruñir de continuo, seguro de que alguien escucharía con interés sus sapientísimos discursos.

Igualmente, el asno no sólo hablaba con los animales en que el nombre empezaba con "a" como asno, sino con "b" por llamarse burro; con "j" porque le dicen jumento, y con "p", porque también le dicen pollino. Tomó entonces el hábito de rebuznar a cada rato, y hoy mismo sigue fastidiando



al mundo con sus rebuznos, aunque la mayor parte de las veces nadie le hace caso.

Los loros y las cotorras constituían la única excepción: ellos podían hablar con todos los animales; todos los entendían. Por tal motivo, se convirtieron en las personas más importantes y apreciadas, y tomaron ese aire señorial que todavía conservan.

Desde el elefante y el tigre hasta la lechuza y el escarabajo, todos se hallaban sujetos a lo que decían las aves de plumas verdes. Ellas eran los periódicos y el correo de la selva, ya que informaban de las novedades y llevaban mensajes de unos animales a otros a cualquier distancia.

Repetían cuanto escuchaban hasta quedarse con la lengua seca. Salvaban a un animal de un peligro o lo llevaban a la muerte; difundían una noticia buena o causaban estragos recomendando como excelente lo dañoso y lo mortal.

A las ranas les gusta mucho comer moscas, pero les era imposible llamarlas ellas mismas. Rana empieza con "r", mosca con "m": no podían decirles nada que entendieran.

Esperaban que se aproximara alguna cotorrita y exclamaban: "¡Qué rica miel! ¡Qué rica miel!"

Todas las cotorras lo repetían, y empezaban a llegar en cantidad las moscas en busca de la miel. De este modo las ranas se proporcionaban un espléndido banquete.

Si las víboras querían comer, decían:

—¡Mucha comida cerca de las piedras grandes! ¡Mucha comida cerca de las piedras grandes!

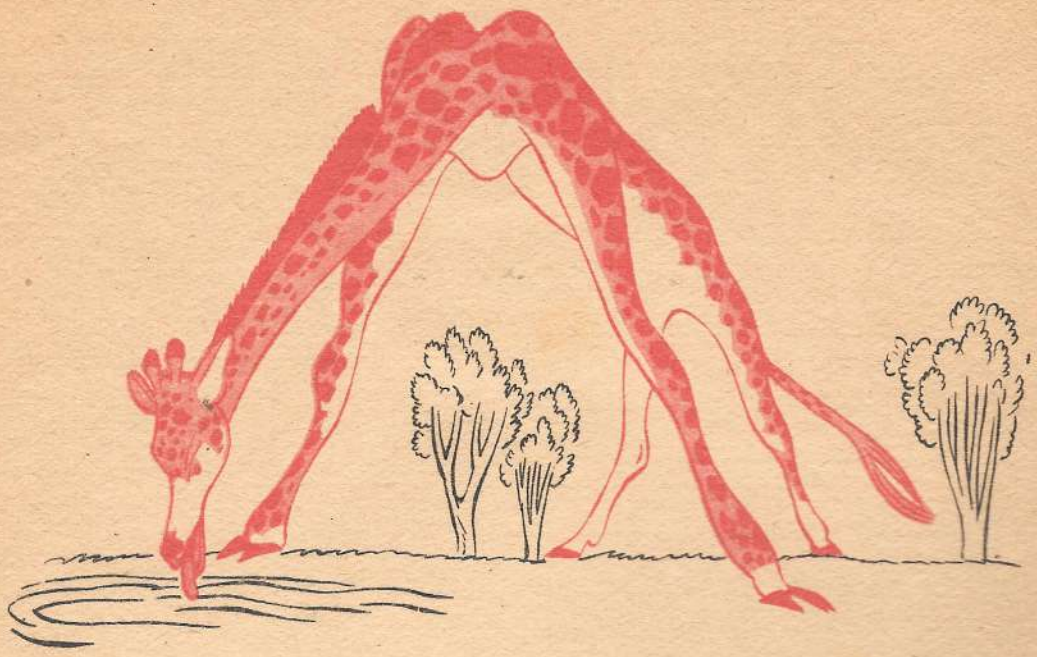
En cuanto los loros y las cotorras oían esto, lo repetían hasta que ratas y ratones abandonaban la cueva y acudían en busca del manjar, encontrándose con las víboras, que los devoraban.

Cuando los leones estaban muy hambrientos caminaban debajo de los árboles diciendo:

—¡Para las jirafas, tiernas hojas nuevas, junto a la laguna!

Poco tardaba en oírse por todas partes: "¡Para las jirafas, tiernas hojas nuevas, junto a la laguna!"

Acudían las jirafas al sitio indicado en busca de las blandas hojas de las copas de los árboles, su alimento preferido, y los



astutos leones, agazapados detrás de los más gruesos troncos, esperaban su paso para saltar sobre ellas y matarlas.

Otras veces se oía: "¡Sabrosas semillitas debajo del árbol de las flores rojas! ¡Sabrosas semillitas debajo del árbol de las flores rojas!"

Al escucharlo acudían en gran número, para disfrutar del anunciado banquete, perdices, martinetas, pintadas, faisanes, pavos silvestres, gallinetas, palomas y tórtolas. Entonces aparecían los chacales, los zorros, las comadrejas, los zorrinos, los gatos salvajes y eran ellos los que se proporcionaban el banquete, haciendo una matanza entre las incautas aves.

No siempre lo que se comunicaban los animales era para conseguir víctimas. Así, cuando las cebras querían dirigirse al abrevadero para saciar la sed, y había el peligro de que las esperaran allí los grandes carniceros, decían antes de partir:

—¡Andan muchos hombres por la orilla del río!

Los loros y cotorras repetían: "¡Andan muchos hombres por la orilla del río! ¡Andan muchos hombres por la orilla del río!"

Con esto podían las cebras ir tranquilamente a satisfacer su sed sin peligro de muerte, porque al oír tal aviso los tigres, las panteras y los leones se alejaban del río lo más posible.

Si algún animalito se extraviaba en la selva y se hallaba condenado a morir por estar privado del amparo de la madre, bastaba que el pequeño dijera donde estaba para que los lenguaraces, al repetir el mensaje, consiguieran que se juntaran de nuevo madre e hijo.

Pero más eran los daños que los beneficios, y los animales empezaron a desconfiar. En vez de acudir en grupos a los sitios indicados destacaban un explorador y esperaban la confirmación de la buena noticia. El explorador no volvía casi nunca y así se convencieron finalmente de que loros y cotorras eran unos

charlatanes, que todo lo repetían como un eco, sirviendo de miserables instrumentos para las peores matanzas.

DESPUÉS todo cambió. Vino otra ley, según la cual los animales pueden comunicarse entre sí aunque sus nombres no empiecen con la misma letra. Se llaman unos a otros, se anuncian el hallazgo de alimento, los peligros que los amenazan y cuanto les interesa.

Loros y cotorras perdieron su prestigio y nadie les hace caso.

UNA COTORRA FAMOSA

En el pintoresco mundo de las plumas verdes y de la lengua redonda, no quedó nadie que se creyera de importancia; nadie, excepto una cotorra, o mejor dicho, cotorrón, llamada Misia Pepa.

Tenía la tal Misia Pepa el pico más ganchudo y más grande que las otras cotorras y acompañaba cuanto decía con un picotazo para el oyente. Esta mala costumbre imponía respeto, pero también provocaba antipatías.

Acostumbraba situarse en el agujero del nido en la época de cría. Nadie podía entrar ni salir sin pedirle permiso. Para apreciar lo que esto significaba es preciso saber que el nido de las cotorras es una especie de bolsa de gran tamaño, dentro de la cual tiene cada pareja su nido aparte. Es una casa de departamentos con una sola entrada. En la época de cría es un continuo entrar y salir de cotorras desde que amanece.

Al pasar por el agujero era obligatorio decir: "¡Permiso, Misia Pepa!" Y quien en el apuro de sus trajines lo olvidaba, sentía en su carne el puntiagudo pico de Misia Pepa con alguna de sus acostumbradas advertencias.

A una le decía:

—¡Alto ahí, piojo resucitado!

A otra:

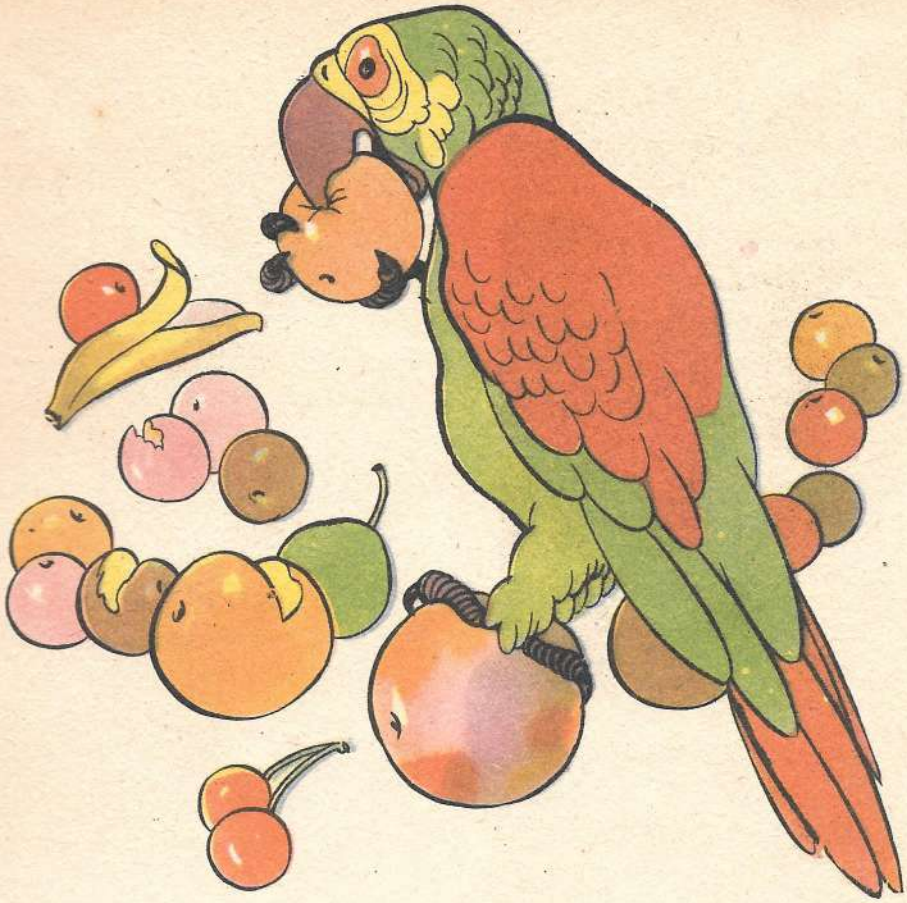
—¿Adónde vas como piojo perseguido por el peine?

A otra que también pasara distraída, le chillaba:

—¡Párate, piojo, que no es enjabonada!

Pues es de saber que todos los refranes de Misia Pepa — y los tenía abundantes — se referían a los piojos, acaso por tenerlos demasiado cerca y no poder olvidarlos un instante.

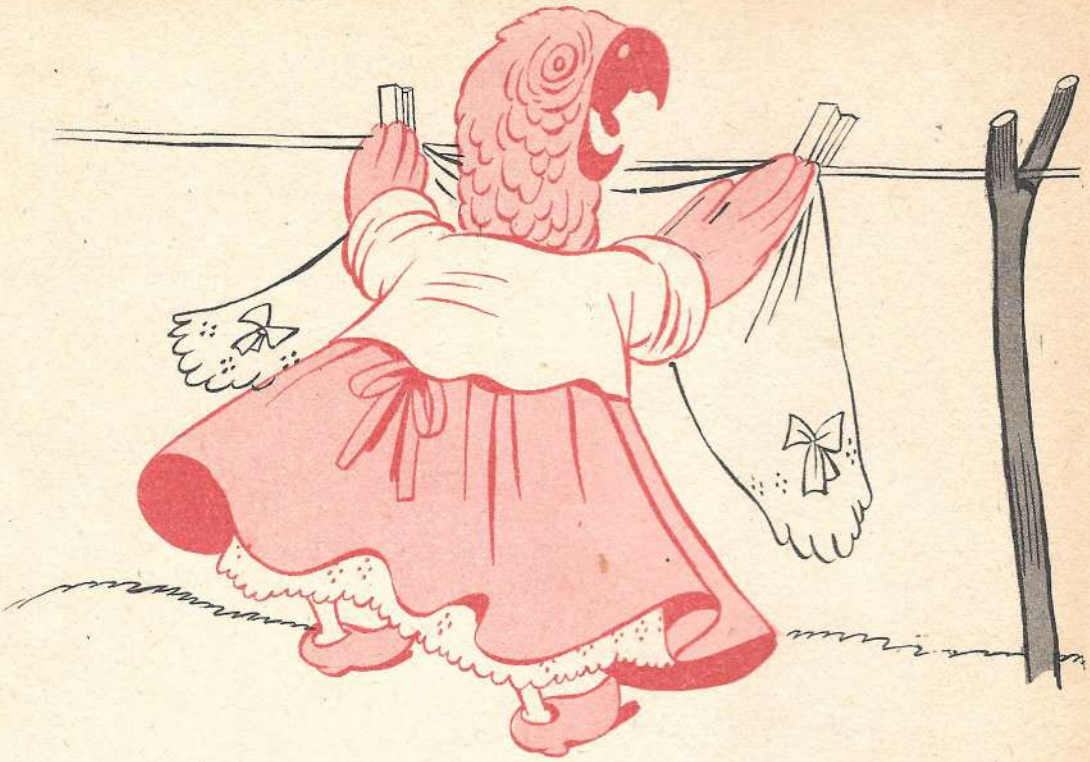
Se quejaba de que eran muchas las que vivían en el mismo nido, y agregaba: "Estamos como piojos en costura". Si alguna compañera enflaquecía, chillaba: "¡Ya no eres más que un piojo en escabeche!"



A la cotorra muy inquieta le decía: "Andas como piojo al sol"; y a la que se envanecía de su plumaje le cantaba con chocante sonsonete: "El piojo enharinado — piensa que es molinero — y se siente muy honrado".

MISIA Pepa había sido la capitana de la temible banda "La Langosta", así llamada porque arrasaba las plantas y las cosechas como langostas verdaderas. En los maizales comían un solo grano de cada mazorca, y la dejaban abierta al agua y al sol. De esta manera no quedaba mazorca sana, y el perjuicio para el agricultor era completo.

Si la banda se posaba en una arboleda destrozaba los brotes de los árboles hasta dejarlos como palos secos.



En los frutales causaban grave daño. De cada fruta comían solamente lo que sacaban en un golpe de pico, y el desperdicio era enorme.

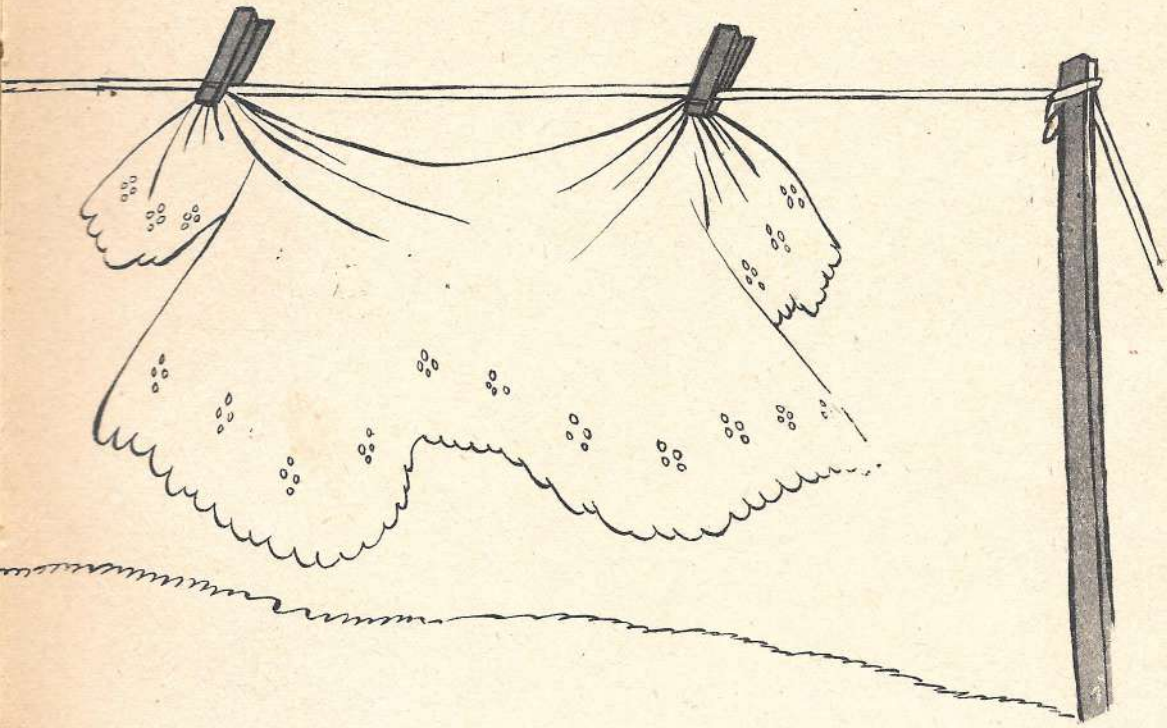
Contribuía a la fama de Misia Pepa la extraordinaria circunstancia de ser la única cotorra que sabía versos y los repetía con cualquier motivo.

En cuanto alguna cotorra empezaba a contar lo que había visto o algo que le sucediera en su última salida, Misia Pepa le cantaba:

Salite de la esquina,
Barbero loco...

Si alguna compañera se posaba en la misma rama que ella, en seguida chillaba:

Salite de la esquina,
Barbero loco...



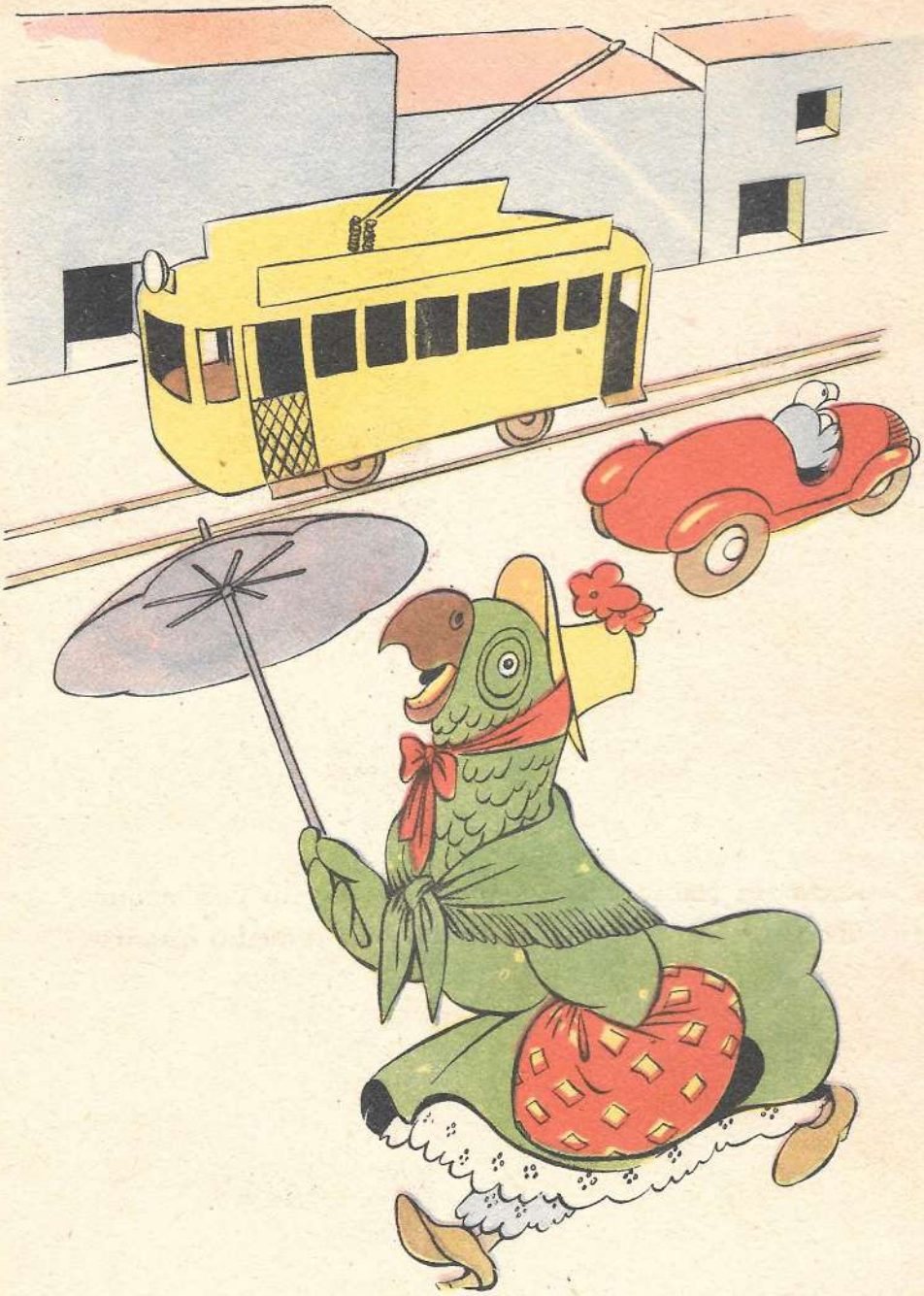
Si la aludida no hacía caso, repetía los versos con acompañamiento de picotazos y no le quedaba más remedio que irse a otro sitio.

Y a quien le proponía casarse con ella, ya que siempre andaba sola, le cantaba lo más fuerte que podía:

Salite de la esquina,
Barbero loco,
Mi madre no te quiere
Ni yo tampoco.

Con lo cual los pretendientes se acobardaron de tal modo que nadie se atrevía a hablarle de casamiento.

Pero ninguna cotorra sabía versos, ni los podría repetir como ella sin tropiezo de lengua, lo que significaba una notable superioridad.



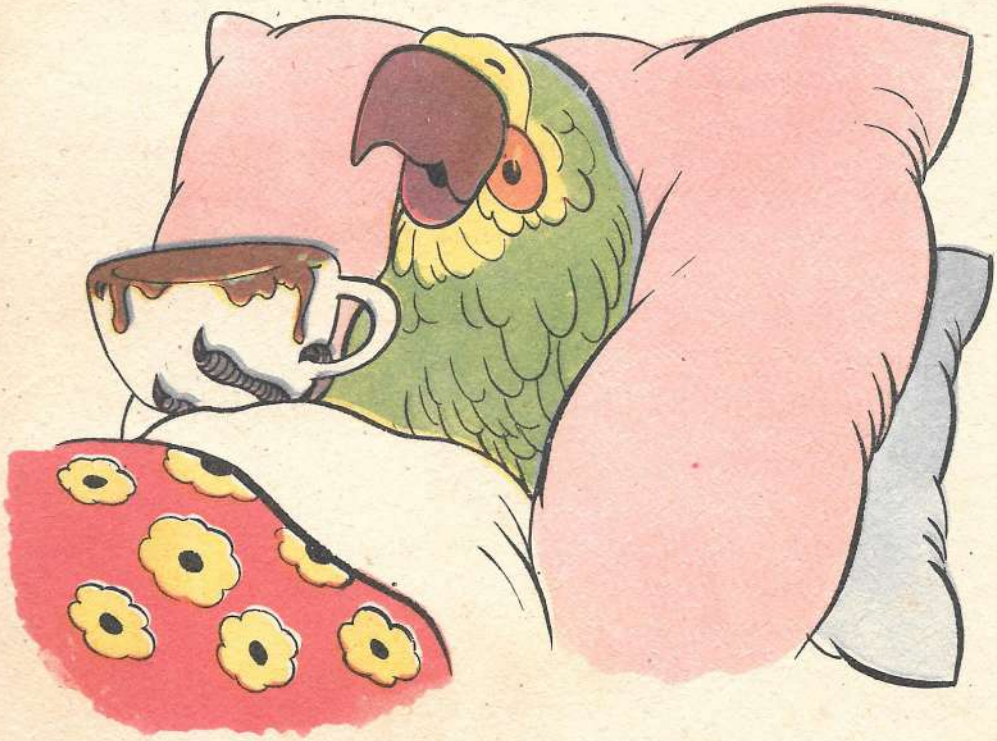
Por encima de todo, lo principal y lo más extraordinario en Misia Pepa, era que había vivido en la ciudad, ese lugar misterioso del que tanto se hablaba en el cotorral. A la ciudad llevaban todos los años cotorras y cotorritas sacadas de los nidos; pero jamás volvió una, ni una sola, hasta que se produjo el sensacional acontecimiento del regreso de Misia Pepa.

LO QUE CONTABA MISIA PEPA DE SU VIDA EN LA CIUDAD

La vida de Misia Pepa en la ciudad había sido, según ella, sumamente confortable y divertida.

Todas las cotorras estaban hartas de oírle ponderar la abundancia y las comodidades de que allá disfrutara.

Decía que su casa era de dos piezas: el dormitorio, con blanda cama de plumas de lechuza y la almohada de plumas de picaflor, y el comedero, donde seis veces al día le servían una comida diferente.



—Por mucho que lloviera — decía Misia Pepa, — no entraba en mi casa ni una gotita de agua. Me despertaban todos los días con un choclo, y antes de dormir me traían las sopitas de leche.

—¡No estaría usted tan flaca y con tan mala cara como ahora! — exclamaba alguna oyente, haciendo sonar de envidia y de rabia el pico.

—Tan gorda estaba que no podía volar. Y todavía me sobraba comida que dejaba caer para los perros y los gatos.

Si alguien buscaba a un enemigo entre las plumas, Misia Pepa decía:

—¡Es una vergüenza que la coman a una los piojos de ese modo! Mientras estuve en la ciudad ¡nunca se ocupó mi pico de esa chusma!

Cada vez que Misia Pepa se refería a su vida en la ciudad, las demás cotorras miraban para otro lado en señal de desprecio; pero al oírla contar tantas cosas lindas, una por una empezaban a contemplarla y se volvían todo oídos para no perder detalle.

CUANDO las cotorras se quejaban del frío, Misia Pepa exclamaba:

—¡Quién nos diera la cama de plumas, caliente como un horno, que tenía yo en la ciudad!

Si hablaban de las ventajas de hacer el nido en árboles frondosos, Misia Pepa decía:

—Arboles, los de la ciudad. Tienen tal abundancia de ramas y de hojas, que en el árbol en que estaba mi casa vivían al mismo tiempo cardenales, zorzales, benteveos, urracas, jilgueros, calandrias, mirlos, reyes del bosque, tijeretas, y todos con sus nidos. En la enorme espesura ni siquiera de vista se conocían unos a otros.

Si se quejaban de la distancia a que debían ir para beber agua, explicaba:

—Jamás me faltaba allá el agua fresca y limpita para beber y, aparte, el agua para bañarme todos los días.

Si las pequeñas aturdían demasiado con sus chillidos, decía:

—Allá las enseñaban desde chiquitas a estar calladas cuando las mayores no les dirigían la palabra. Daba gusto verlas tranquilas y gorditas en su nido.

Ante las frecuentes disputas y peleas entre cotorras ella explicaba, a modo de consejo:

—Nunca vi a dos cotorras pelearse en la ciudad. Todas son condescendientes y a las de mayor edad las obedecen y respetan.

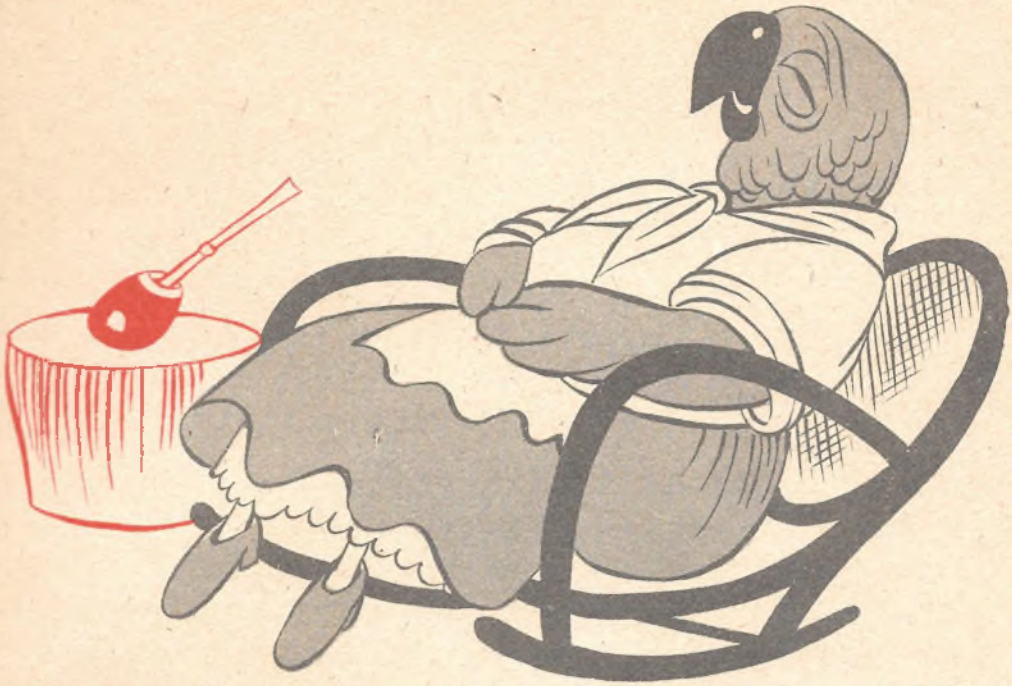
Si alguien proponía un paseo, decía:

—En la ciudad nos llevaban en coche a cada rato al arroyito, a la montaña, a la isla, al revolcadero, al maizal... ¡Imposible olvidar aquellos paseos verdaderamente deliciosos!

HABÍA en el mismo álamo una cotorra que tenía por sobrenombre "La Pelada", porque no poseía en la cabeza ni una pluma. Esta cotorra era la que más desconfiaba de las maravillas que contaba Misia Pepa y la ponía siempre en apuros con sus preguntas:

—Diga, Misia Pepa: si daba tantos paseos, ¿cómo dice que le traían la comida seis veces al día?

Misia Pepa daba un respingo y mirándola furiosa le contestaba:



—Porque regresábamos a la hora justa de cada comida; y después, otro paseíto; ¿qué le parece tanta comodidad?

Otras veces decía "La Pelada":

—Según usted, la despertaban todos los días con un choclo... Y cuando no hay ni siquiera plantas de maíz, ¿de dónde los sacaban?

A lo que respondía Misia Pepa con los ojos casi cerrados de fastidio:

—Creía haberles explicado que en la ciudad hay choclos todo el año.

—Dígame, señora; si en su casa no entraba una gota de agua por mucho que lloviera, ¿por dónde, entonces, entraba y salía usted misma?

A esta y otras preguntas Misia Pepa no sabía qué contestar; pero ocurría que al parecer no había escuchado, pues fingía dormirse de repente, y nada la sacaba de su profundo sueño.

ESTABAN las cotorras cansadas y aburridas de los cuentos de Misia Pepa, y lo peor era que no podían desmentirla, porque ninguna de ellas había estado en la ciudad.

¿Sería verdad todo lo que contaba Misia Pepa?

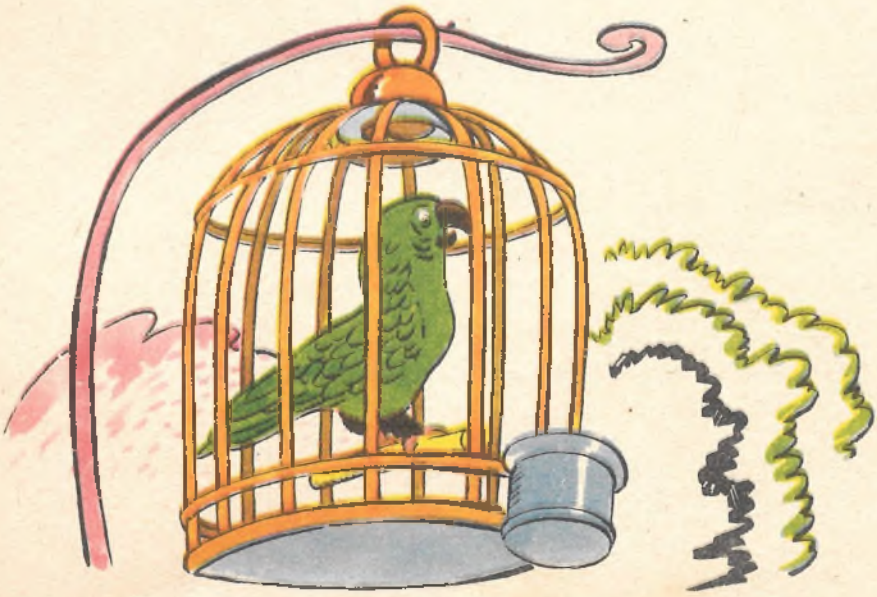
¿Era posible que viéndose regalada, cómoda, gorda y dichosa, hubiese vuelto a pasar hambre y necesidades en aquellos álamos de tan escaso abrigo en el invierno y tan sacudidos por los vendavales?

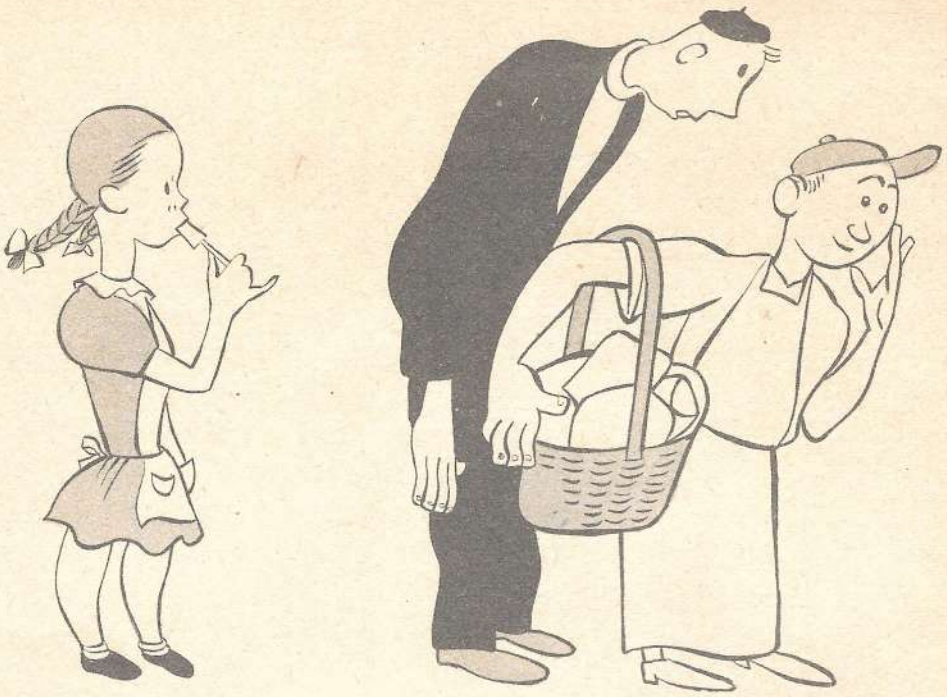
LA VERDADERA VIDA DE MISIA PEPA EN LA CIUDAD

ERA una fresca madrugada de otoño y dormitaba en el nido Misia Pepa. Esperaba que el sol calentara un poco para salir de paseo. De pronto, entró una mano, la atrapó con brusquedad y un momento después se hallaba en una jaula llena de cotorras y de cotorritas. Aquel cambio tan brusco, aquel amontonamiento de plumas verdes y de ojos afligidos en el mortificante bamboleo del vehículo en que las llevaban, causáronle a Misia Pepa escalofríos, y sin que se le calmaran en lo mínimo se vió instalada en una pajarería de la ciudad.

La impresionó muchísimo la multitud de pájaros y pajarracos allí reunidos, y su griterío. Supuso, primeramente, que estaban por su voluntad; pero luego comprendió que todos eran prisioneros como ella.

Soportó lo mejor que pudo la mala comida, la abundancia de parásitos y el infernal bochinche en el que apenas podía



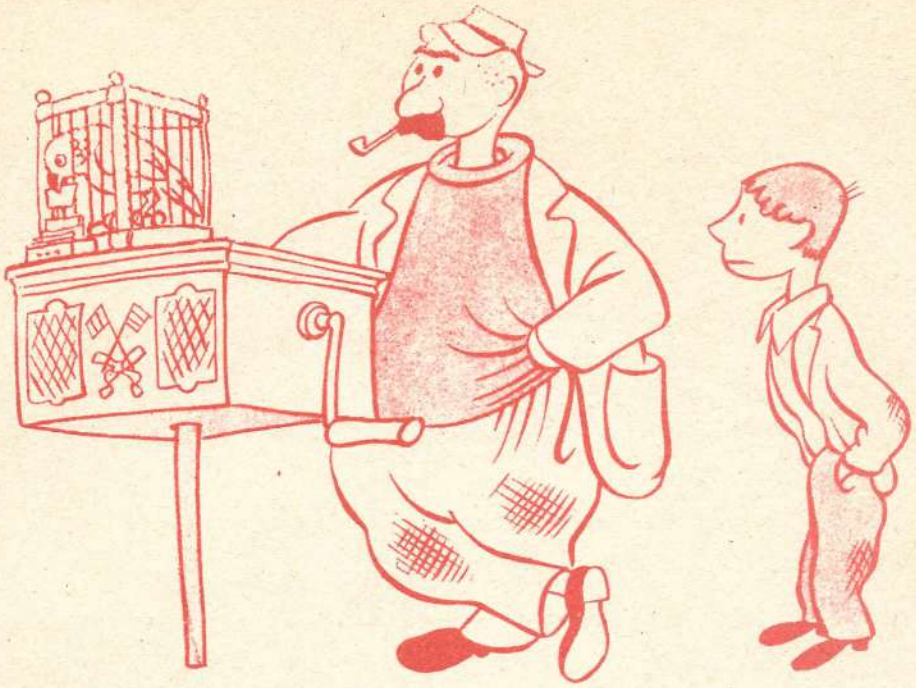


hacer oír sus chillidos. Cuando la pusieron sola en una jaula pequeña fué para que un hombre se la llevara a su modesta vivienda.

Los primeros días lo pasó bastante bien; pero una mañana le faltó la comida. Esperó, chilló, volvió a esperar y a chillar, y nada; llegó la tarde, redobló los chillidos, y, por más que el hombre andaba por allí, no le hizo caso y tuvo que dormirse con el buche vacío.

En la mañana siguiente, cuando ya se creía condenada a perecer, el hombre le presentó un papelito doblado para que lo tomara con el pico. Ella se resistió, pero, por fin, tanta era su hambre que apretó el papelito. Apenas lo hizo el hombre le ofreció un grano de trigo, que devoró con avidez. Luego le presentó otra vez un papelito y hasta que lo tomó con el pico no le dió otro grano. Este aprendizaje duró muchos y muy amargos días. La cotorrita aprendió que la única manera de comer era abrir el pico, apretar el papelito y entregárselo al hombre.

Así quedó convertida en "la cotorrita de la suerte", una



cotorrita triste, flaca, de ojos turbios, que recorría las calles encerrada encima de un organito.

Si una persona pagaba una moneda, el hombre le presentaba un pequeño cajón con papelitos doblados de diversos colores. Ella tomaba uno, y al entregarlo recibía el premio de un grano de alimento. Ese papelito anunciaba al cliente que haría un viaje, que heredaría una gran fortuna, que llegaría a los cien años, y otras cosas por el estilo.

Un grano era poco para su apetito, pero no recibía más, y había que conformarse. A veces andaban mucho y nadie detenía al hombre para pedirle un papelito, y nada comía entonces la infeliz. "A este paso — pensaba — la vida es un soplo. Pronto ya no me quedarán más que las plumas". Otras veces varias personas al mismo tiempo querían que se les adivinara su porvenir, y Misia Pepa conseguía alimentarse lo necesario.

Mala era aquella vida. Encerrada siempre en su cajoncito, sin poder dormir porque estaba en continuo movimiento, con hambre la mayor parte de las horas y condenada a oír aquella musiquilla del organito que la mareaba y aturdía.

No habría, por cierto, en el mundo cotorra más desdichada, ni más flaca, ni más piojosa, ni más sujeta a una tarea tan estrafalaria, ni que pasase días más aburridos.

Pero sucedió que una mañana, mientras el hombre dormía, Misia Pepa notó que la jaula estaba abierta. Salió de la pieza y corrió por la calle como una loca.

De pronto, una niñita le echó encima un paño y la envolvió completamente. Prisionera y a oscuras, sólo volvió a ver la luz y a recobrar los movimientos cuando la pusieron dentro de una jaula, toda de metal, que no había pico que le hiciera mella.

Una señora le sirvió sopitas de leche y le repitió durante mucho rato algunas palabras.

Al día siguiente, esta misma señora se encerró con ella en una pieza oscura y le repitió aquellas palabras como cien veces. Todas las mañanas sucedía lo mismo: era la lección para enseñarle lo que ella quería que aprendiese. Después, vino el gran quebradero de cabeza de los versos: "Salite de la esquina...". No había más remedio que aprenderlos y repetirlos hasta que la señora quedara conforme. Al cabo de mucho tiempo consiguió Misia Pepa repetir los versos sin equivocarse en una sola palabra, y eso que decir "barbero" es lo más difícil para una cotorra.

Cuando había así conquistado un puesto de honor en aquella casa y recibía toda clase de cuidados, sucedió que la señora que tanto la mimaba y que le había enseñado los versos, desapareció.

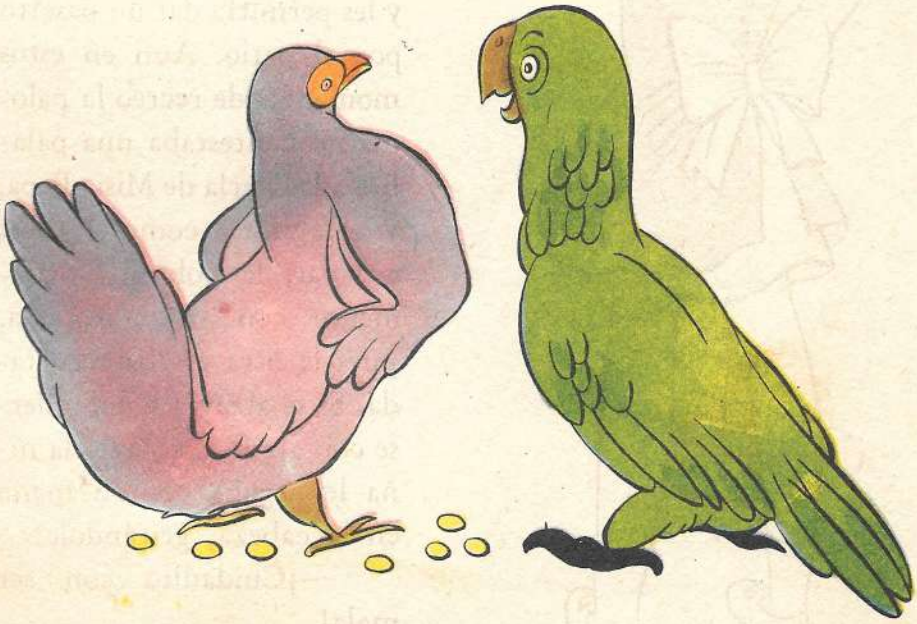
LA PALOMA JUANITA

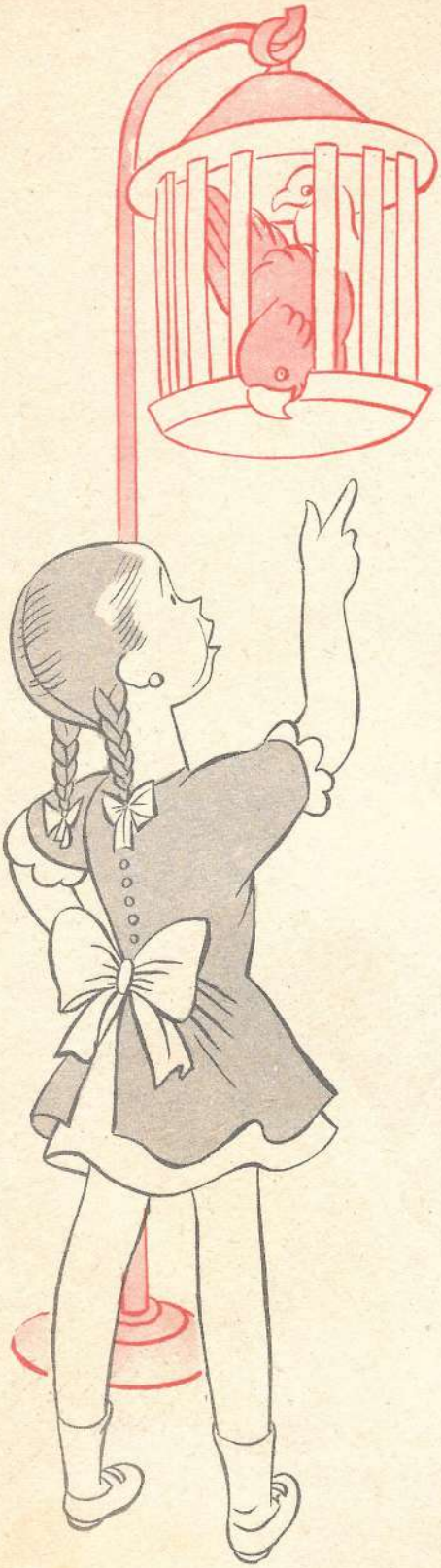
A los pocos días, la misma niñita que la recogió en la calle puso en su jaula una paloma de monte, a la que llamó Juanita.

La tal Juanita, corpulenta y de malísimo genio, díjole en seguida que se retirara y que no quería ni siquiera verla.

Misia Pepa se alejó lo más que pudo y recitó sus versitos:

Salite de la esquina,
Barbero loco;
Mi madre no te quiere,
Ni yo tampoco.





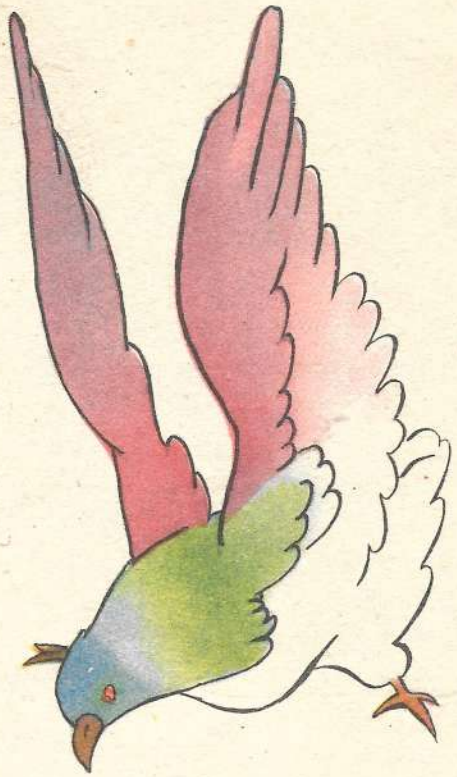
Por toda contestación, la Juanita se le fué encima y le aplicó unos fortísimos aletazos, que la dejaron bastante dolorida y con un ojo turbio.

Misia Pepa trató de todos modos de amansar a aquella fiera, que por momentos parecía más embravecida con el encierro. De nada le valieron las apacibles actitudes, ni las suaves palabras. La Juanita no quería nada más que volver al monte, y al no poder hacerlo se enfurecía.

Algunas veces la niñita colocaba la jaula en el suelo y les permitía dar un paseíto por el patio. Aun en estos momentos de recreo la paloma no contestaba una palabra a la charla de Misia Pepa, y al agitarse como si fuese a volar, la golpeaba malamente con su única ala, pues la otra estaba recortada. Si se atrevía a defenderse con algún picotazo, la niña le pegaba con su mano en la cabeza, gritándole:

—¡Cuidadito con ser mala!

Puesta a elegir entre dos males el menor, y bien comparadas las cárceles y los verdugos que el destino le había deparado, Misia Pepa prefería ser "la cotorrita de la suerte". Aquella Juanita de narices hinchadas y de ojos rojizos, en vez de aceptarla como compañera de infortunio, se entretenía en mortificarla y se desquitaba en ella de su mala suerte.



BIEN dicen que no hay mal que dure cien años.

La niñita no se fijó en que las recortadas alas de Misia Pepa crecían y ya habían llegado a su completo desarrollo.

En uno de los paseítos por el patio, como única contestación a la charla de Misia Pepa, la Juanita la golpeó con sus alas con tal violencia que la derribó sobre las losas..

Indignada y rabiosa se levantó Misia Pepa y exclamó:

—¡Perversa!... ¡Tengo mejores alas que las tuyas!

Y abriéndolas, ante la sorprendida Juanita, emprendió vuelo y al poco rato se perdió de vista.

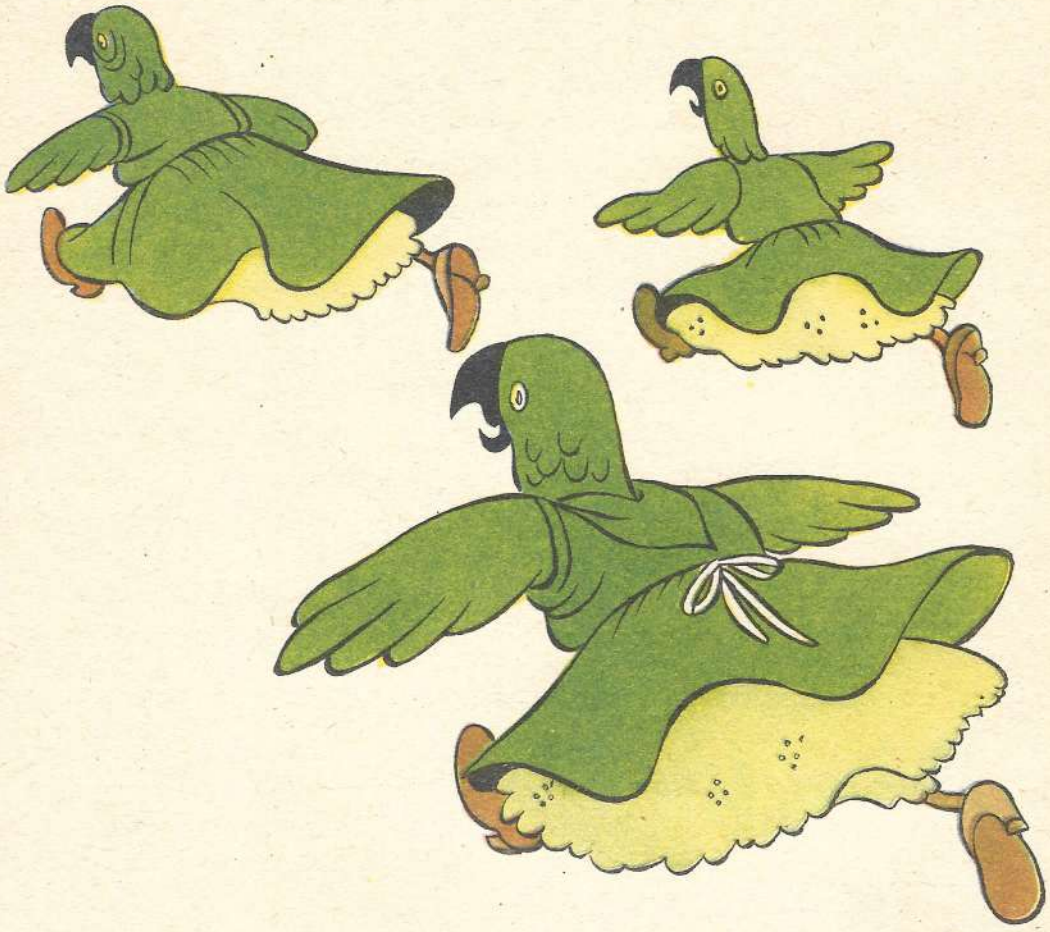
Al principio volaba loca de alegría, sin pensar más que en ir muy lejos. Después reconoció los sitios por donde pasaba, pudo orientarse y se dirigió directamente hacia los álamos donde nació y que seguían poblados de cotorras.

Cuesta creer que habiendo sido tan aporreada, miserable y ruin, como se ha visto, la vida de Misia Pepa en la ciudad, contara las maravillas que sabemos; pero tratándose de ella, nada debe sorprender.

UNA SITUACION DIFICIL

El caso es que Misia Pepa con sus picotazos, sus refranes, sus versos y sus cuentos de la ciudad se enemistó con todas las cotorras y no había una que la pudiera aguantar. Era opinión general que nunca se había visto cotorra tan impertinente y pretenciosa.

Para llegar a esta enemistad pasó bastante tiempo y tuvo que agotarse la paciencia de las cotorras, que es mayor de lo que pueda suponerse. Pues es de saber que ellas son muy sociables, excelentes compañeras y atentas y serviciales entre sí. Lo prueba el hecho de que muchas parejas hagan el nido en común, con el trabajo de todas, sin disgustos ni peleas, y luego vivan juntas en la mejor armonía, tolerándose las inevitables



molestias que padres e hijos se ocasionan. Y si algunas pequeñitas quedan huérfanas, las otras cotorras se encargan de cuidarlas y alimentarlas, y lo realizan con solicitud y ternura como si se tratara de sus propios hijos.

A Misia Pepa le traían de regalo un grano de maíz averiado para que lo comiera y se enfermara; le contaban mentiras para que fuera a tal o cual parte; le removían el agua del charco en que iba a beber hasta convertirla en fango; pasaban por encima de ella clavándole las uñas en cuanto se adormilaba. Pero sobre todo, lo que más la mortificaba era que cuando se disponía a contar algo, no quedaba una cotorra que la oyera: todas volaban a la primera palabra como si se las llevase un vendaval.

Fué entonces cuando la impertinente, después de mucho cavilar, tomó la determinación de anunciar que volvería a la ciudad. Y como esto no cambiaba los ánimos, declaró que traería desde allá muchas cosas lindas para sus amigos; y como tal promesa tampoco tuvo éxito, manifestó que saldría para recoger encargos de gente agradecida y merecedora de sus atenciones. Otros serían los favorecidos con los obsequios que trajera al regresar de la ciudad.

Así tuvo un pretexto para permanecer lejos todo el día y venir al nido nada más que a dormir.

Así sucedió, en efecto. Apenas aclaraba era la primera en dirigirse al agujero que servía de puerta, y de inmediato remontaba vuelo.

Al acabarse la jornada, cuando ya oscurecía, entraba callada al nido y se acomodaba en un rincón para dormir.

COMIENZAN LAS VISITAS Y LOS ENCARGOS

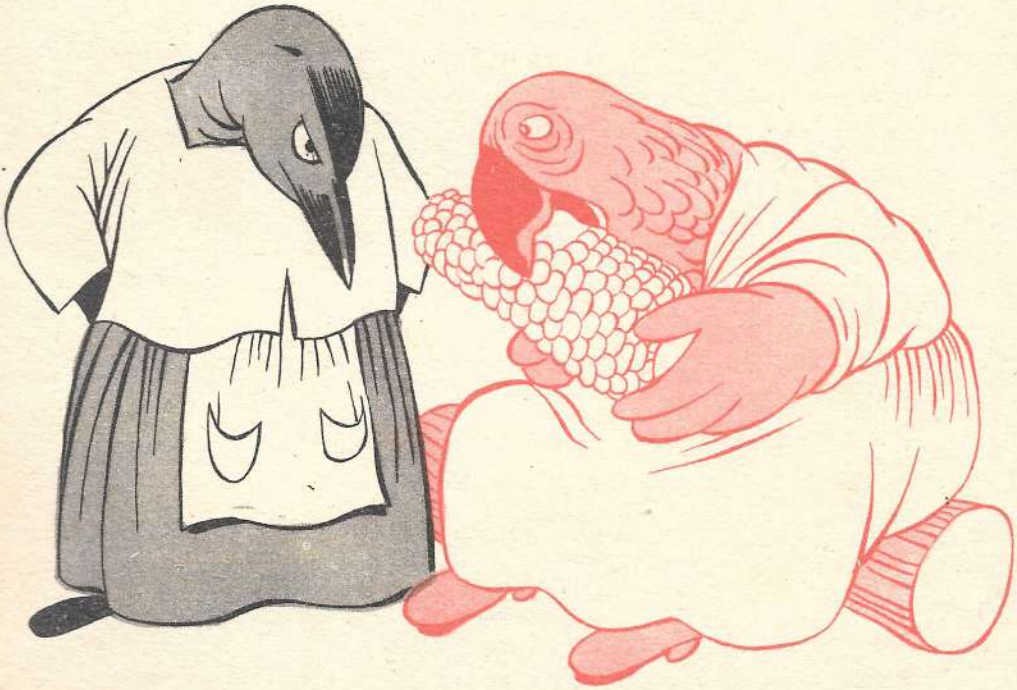
En la primera salida Misia Pepa voló en dirección al gran árbol en que vivían las urracas. La vieron con sorpresa posarse, y después del saludo le dijeron:

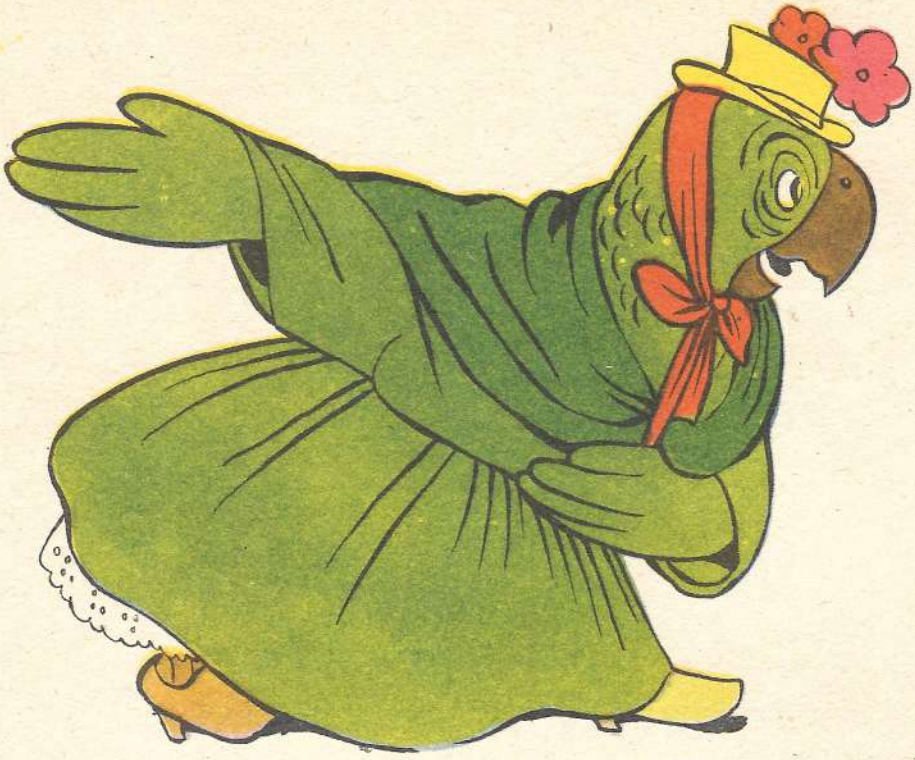
—¡Qué milagro usted por estos sitios y solita!

—Es que he resuelto hacer otro viajecito a la ciudad, y, recordándolas como a buenas amigas, vengo a preguntarles si desean que les traiga algo de donde hay de todo.

Las urracas estaban enteradas de que Misia Pepa era uno de los contados animales libres que habían vivido en la ciudad, así que recibieron el ofrecimiento con mucha seriedad y gratitud.

Mientras pensaban en lo que le pedirían, la convidaron a comer de un choclo que tenían en el nido y después de haber





hablado Misia Pepa hasta quedar sin alientos, una de las urracas dijo:

—Usted sabe que por aquí los inviernos son muy fríos. Esta madrugada tenía las patas más duras que su pico; de manera que le pido un abriguito de lana.

—Yo — dijo la otra urraca — prefiero un cofre, para guardar las cositas que traigo...

—Que roba, querrá usted decir — aclaró Misia Pepa, — y perdone la franqueza; pero estén tranquilas, que traeré el abriguito para una y el cofre para otra.

Al despedirse de las urracas se le ocurrió ir a visitar a las lechuzas.

Las encontró en la puerta de la cueva.

—Muy buenos días — les dijo. — Estoy de viaje para la ciudad, y vengo a ver qué quieren que les traiga a mi regreso.

—Desear, deseamos mucho — contestó una lechuza, — puesto que somos tan pobres. Ya me siento medio vieja y quisiera un par de anteojos, porque algunos bichitos estoy segura de que se me escapan.

—¡Déjate de anteojos! — chilló la otra lechuza. — Más nos conviene una puerta, para cerrar nuestra casa cuando salimos.

—Todo se puede arreglar — dijo Misia Pepa. — Recibirán las dos cosas. — Y de inmediato, se puso a hablar y habló tanto, que una lechuza le chilló de repente esta despedida:

—¡Basta de charla, por favor, que tenemos que hacer! ¡Adiós, que le vaya bien y tráiganos en seguida lo prometido!

—Adiós — respondió Misia Pepa, y se fué fastidiada de que le cortaran la palabra.

Al pasar por la orilla de la laguna distinguió a la cigüeña inmóvil y pensativa, como de costumbre. Bajó, la saludó, le anunció su viaje y le preguntó si necesitaba algo.

—¡Una muleta, hija! — exclamó la cigüeña. — Cada día sigo peor de mi reumatismo, y nada quisiera tanto como una

ayuda para estarme parada en una pata. ¡Tráeme una muleta, y te la agradeceré toda la vida!

La prometió formalmente Misia Pepa, y habló de lagunas, peces, lombrices y serpientes, hasta que se despidió con su acostumbrada cortesía y enfiló hacia la pequeña arboleda donde vivían los tordos.

Cuando estuvo junto a ellos, aprovechó la ocasión para decirles cuanto se le ocurrió sobre silbidos. Al cabo, explicó su próxima partida y los invitó a que le encargaran algo.

—¡Una flauta! — pidió un tordo.

—¡Cómo se ve que eres músico! — dijo complacida Misia Pepa.

—¿Una flauta? — silbó otro de la banda. — ¿Y qué hacemos con eso?... ¡Somos siete, señora!

—Bien — aclaró la cotorra. — Les traeré siete flautas: una para cada uno.

—¿Para qué flautas, si ya las tenemos? — dijo otro. — Tráiganos un lindo nido: esto es lo que nos falta, pues no sabemos hacerlo, y hemos de poner nuestros huevitos en nido ajeno.

—¡Un nido! — exclamó Misia Pepa. — ¿Qué harán con un solo nido?... Les traeré muchos y de todos los tamaños para que elijan a gusto. — Y despidióse y se fué.

Quedaban en camino unas palomas de monte. Fué hacia ellas y charló hasta que ya no podía mover más la lengua. Entonces, las informó de su proyecto de ir a la ciudad y les preguntó si querían que les trajera algo. Contestaron las palomas que, si bien necesitaban muchas cosas, preferían un montón grande de maíz.

—¿Maíz colorado o blanco? — preguntó Misia Pepa.

—Del blanco chiquitito — le contestaron.

OTRA mañana resolvió ir a visitar a las ranas. Estaban muchas reunidas junto a un arbolillo medio seco, en el cual se posó Misia Pepa. Las ranas cantaban en coro y todo lo más fuerte que podían. "¿Qué será lo que dicen?" — se preguntó. Puso atención y se enteró que dirigían sus quejas y sus ruegos a la lluvia. Decían así:

—Aquí, aquí, lluvia, ven!... Somos nosotras, tus amigas. ¡Míranos! ¡Compadécete de estas pobrecitas, que están como hojas secas!

—¡Aquí, aquí, lluvia, ven! ¡Mójanos!... ¡Empápanos!...

—¡Moriremos si tardas una hora más!

—¡Ranas y ranitas te pedimos que bajes, lluvia bienhechora, lluvia preciosa!... ¡Empápanos! ¡Ahóganos!

ESPERÓ largo rato para que cesara aquella cantilena, y cuando se hizo el silencio bajó a tierra y les dijo que estaba muy afligida por lo que les pasaba, pero que tuvieran paciencia, que ella iba para la ciudad en un rápido viaje de ida y vuelta, y a su regreso les traería toda el agua que quisieran.

Deliberaron las ranas. La gran dificultad era descubrir la forma de traer agua.

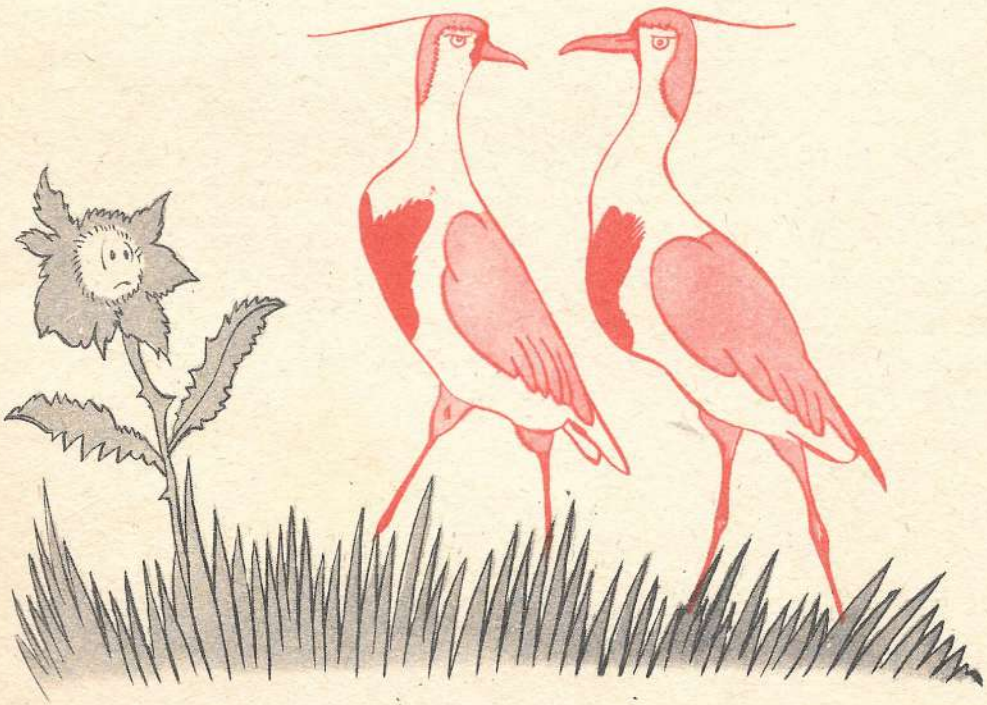
—La traeré en un cántaro, si les parece bien — dijo Misia Pepa, — y así cada vez que llueva podrán llenarlo y nunca más padecerán de sed.

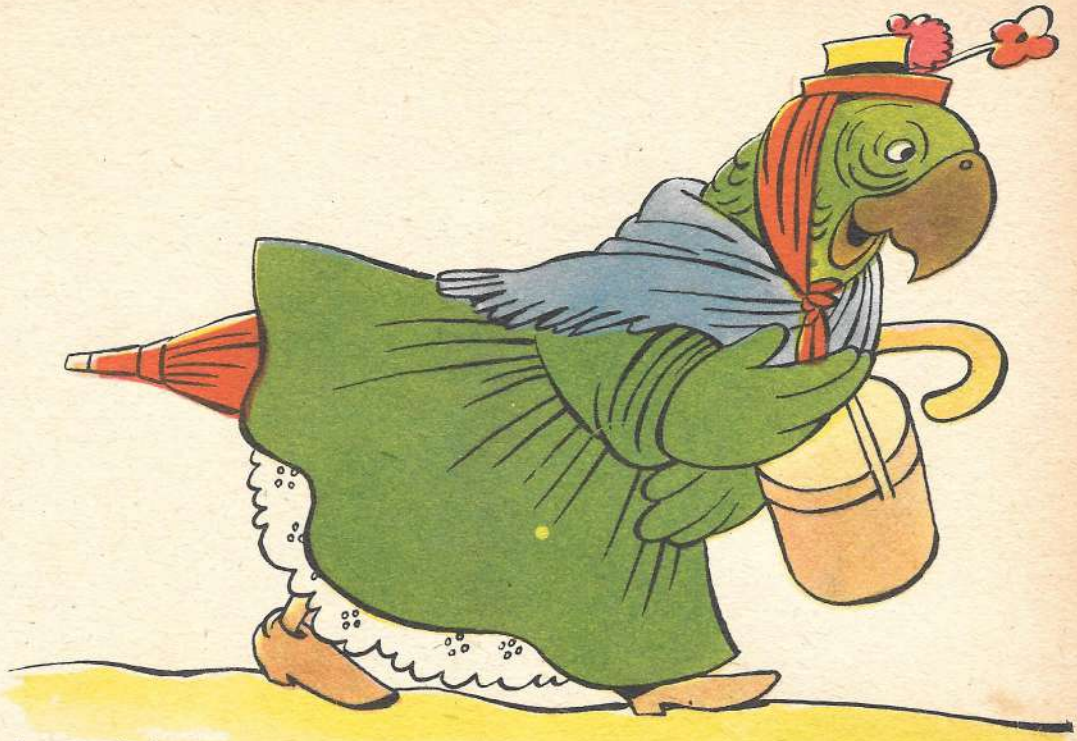
La idea fué aprobada con entusiasmo, y Misia Pepa fuése muy oronda, para repetir sus ofrecimientos a una pareja de teros, los cuales eligieron una palita para hacer una cueva y en ella esconder el nido.

—Pues ha de saber usted — dijo un tero — que si un malvado hallara nuestro nido, lo robaría.

—También ha de servirnos la palita — agregó el otro — para buscar bichitos en la tierra.

Poco después se detenía Misia Pepa ante una pareja de pá-





jaros tejedores, que como es sabido tejen hilos y fibras con maravillosa habilidad. Le encargaron hilos de muchos colores. Repitió la cotorra todos los colores, uno por uno, y les aseguró que no los olvidaría.

Y siguió hablando del viaje, de los encargos, de las alegrías del regreso, hasta que ya mareados los tejedores le dijeron adiós y levantaron vuelo.

Debajo de los árboles donde estaban los tejedores rezongaba y escarbaba la tierra un jabalí. Había perdido un colmillo y esto lo tenía malhumorado. El ofrecimiento de la cotorra le pareció providencial, así que le recomendó que le trajese un colmillo nuevo lo más pronto que pudiera.

Siguiendo la recorrida volvió a encontrarse, por casualidad, con las urracas, que, pensándolo mejor, habían cambiado de idea y preferían ricos gusanitos, huevos de pájaros y otras golosinas, pues la escasez de alimentos se hacía sentir demasiado en aquellos días, y andaban con tanta hambre que eran todo ojos.

También visitó al zorro, que ya estaba enterado del proyectado viaje y que luego de pensar con calma y seso en lo que

pediría, habíase decidido por una piel para disfrazarse de perro y poder acercarse con tranquilidad a los gallineros.

Después saludó y se ofreció al Sapo Huevero, que aprovechó la espléndida oportunidad para pedirle una cesta nueva para llevar su mercancía, pues la que usaba era bastante vieja y no poco agujereada.

En cada una de estas visitas charlaba Misia Pepa hasta que por favor le pedían que se fuera.

PASAN los días, las semanas y los meses y continúa Misia Pepa en sus visitas para anunciar su viaje a la ciudad, para recibir encargos y para despedirse.

Y como todavía le falta visitar a muchos conocidos, no tiene fecha fija para la partida.

CONTINUAN LAS VISITAS Y DESPEDIDAS DE MISIA PEPA

Dos años después, sigue Misia Pepa en sus visitas a los diversos animales.

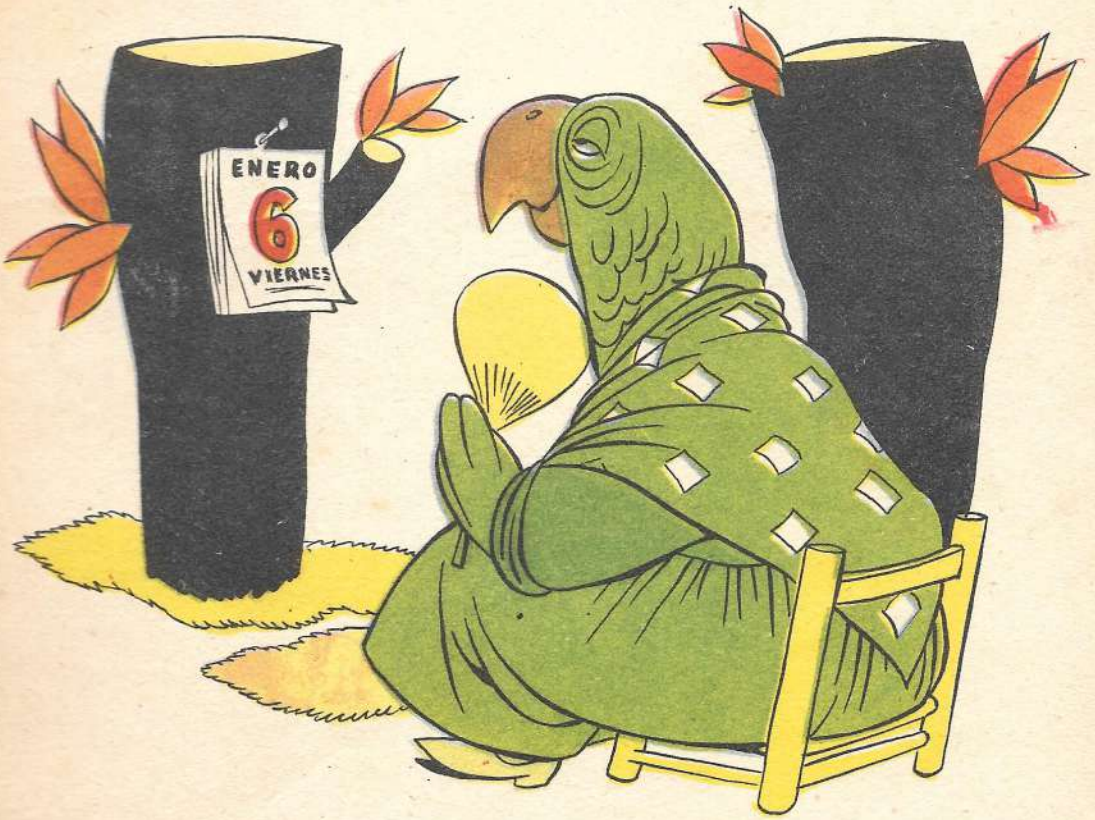
Así la vemos ahora que, bajando al suelo, se detiene ante el avestruz. Lo saluda y le dice:

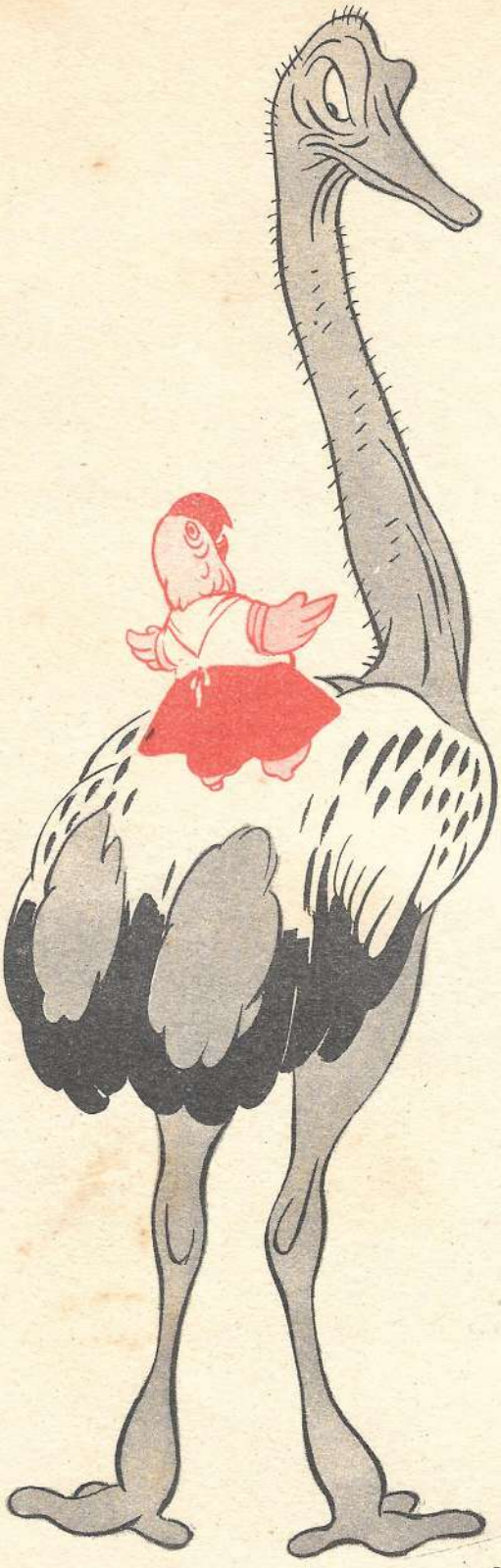
—Estoy con ganas de volver a la ciudad, ¿qué le parece?

El avestruz, sorprendido, le contesta:

—Por mí, puede usted hacer lo que le dé la gana.

—¿De manera que no le parece mal que yo vuelva a la ciudad?





—¡De ningún modo!

—Entonces, ¿quiere que le traiga algo de allá cuando regrese?

El avestruz levanta el pico, mira hacia arriba un rato y después, clavándole los ojos como si fuera bizco, le dice:

—Yo quisiera una cantidad de bolitas de vidrio, verdes, azules, blancas, negras, amarillas y rojas.

Largo rato pasaron repitiendo los colores hasta que la cotorra los aprendió de memoria, y luego preguntó:

—¿Y qué piensa hacer con todas estas bolitas?

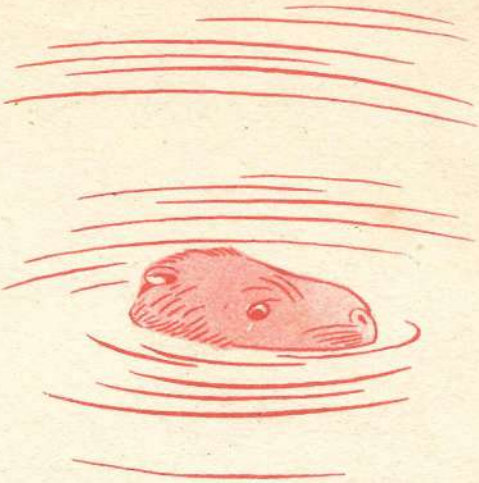
—¿Qué quiere que haga?... ¡Comerlas! Seguro que son muy ricas.

—Esté tranquilo — dijo Misia Pepa, despidiéndose,— porque voy a traérselas y de los mismos colores que usted me ha indicado.

Al tomar vuelo se acordó de los carpinchos que vivían en la orilla del arroyo y resolvió ir a despedirse de ellos y preguntarles qué les parecía su viaje y qué

querían de la ciudad.

Los carpinchos estaban bañándose en el arroyo y apenas se les veían las orejas cuando salían de sus zambullidas. Tardaron mucho en volver a la orilla y cuando aparecieron dieron unos bufidos y le preguntaron a la cotorra qué andaba haciendo por allí.



Les explicó ella el motivo de su visita. A la pregunta de qué les parecía que volviera a la ciudad, el carpincho contestó:

—Por nosotros, váyase cuando quiera, pues ni sabíamos que usted existiese.

La carpincha dijo:

—No vemos inconveniente en que usted vaya a la ciudad todas las veces que se le antoje.

—Muy bien — exclamó Misia Pepa. — ¿Y qué desean que les traiga a mi regreso?

Quedaron callados los carpinchos, mirándola de rato en rato de reojo. Nunca les habían ofrecido un regalo, nunca pensaron en pedir alguna cosa. ¡Y tan lue-

go una cotorra tenía con ellos atención tan fina!

Al cabo fué la carpincha la que habló, y dijo:

—Nos vendrían bien unas mantas para el invierno. Aquí cerca del agua hay madrugadas tan frías que los bigotes de mi marido parecen clavos, y de los más puntiagudos.

—Traeré — dijo Misia Pepa — una para cada uno, gruesa y abrigadita.

Y empezó a hablar de otras cosas, y tanto habló que los carpinchos se enojaron. — ¡Váyase cuanto antes! — dijo el carpincho.

—¡Váyase! — confirmó la carpincha. — ¡Y traiga lo prometido!

—¡Adiosito! — chilló Misia Pepa. — Volveré con las dos mantas.

MIENTRAS volaba se acordó de un gran árbol que le quedaba en camino y en el cual siempre había calandrias.

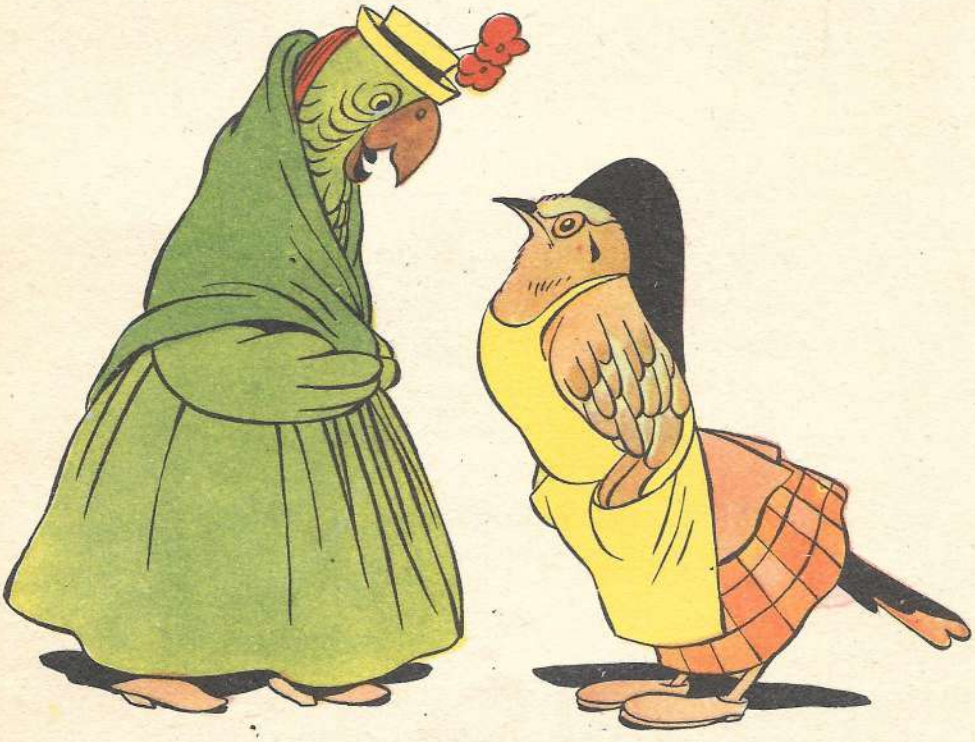
Las encontró cantando. Al ver que Misia Pepa se posaba allí, callaron y aguardaron la explicación de su presencia.

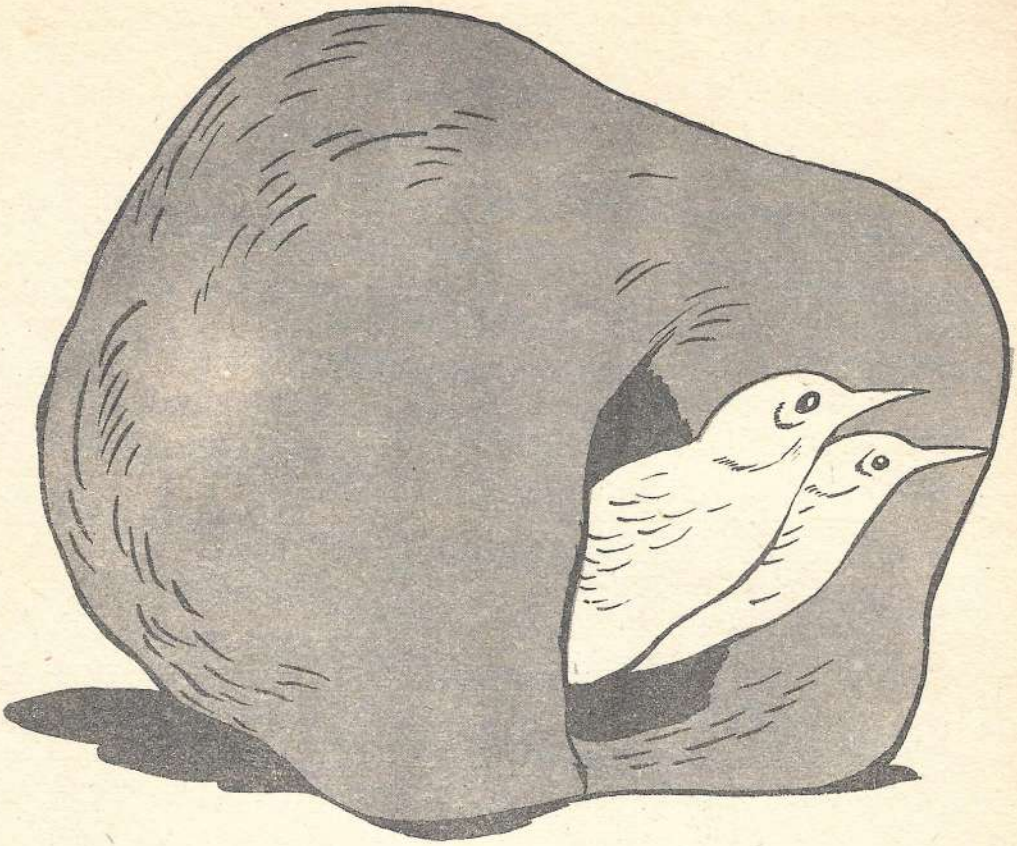
—Muchas ganas tenía de encontrarlas, señoras calandrias — dijo Misia Pepa, con la voz más dulce que le fué posible, — pues han de saber que pienso volver pronto a la ciudad y quería preguntarles qué les parece a ustedes este viaje.

—Nos sorprende — repuso una calandria — que con todo lo que se oye de su vida en la ciudad haya usted venido a pasar penurias en estos campos.

—¿Así que, según ustedes, debo ir?

—Cuanto antes.





—¿Y qué quieren que les traiga?

—Nosotras, con poco nos conformamos: un pedazo de sebo.

—¿Nada más?

—Y un huevo de gallina bien cocido — agregó otra calandria. — ¿Le parece mucho?

—¡Qué esperanza! Con el mayor gusto les traeré el huevo y el sebo, y adiosito, y que sigan ustedes siempre cantando para alegrarles la vida a cuantos las escuchan.

CÓMO me había olvidado de los horneros? — pensaba Misia Pepa dirigiéndose hacia el poste del telégrafo en el que tenían los hábiles albañiles su confortable casa.

Los saludó cortésmente y les preguntó qué les parecía su viaje a la ciudad y si deseaban que les trajera algo.

—Nos parece bien que vaya, si desea ir — contestó la hornera.

—¿Y qué quieren que les traiga?

—Ventanas para nuestra casa.

—¿Cuántas ventanas? — preguntó Misia Pepa.

Tomó entonces la palabra el hornero y dijo:

—Una basta, porque es para la segunda pieza, que está siempre muy oscura.

La hornera aclaró:

—Sólo una ventana, pero que se pueda abrir cuando hay calor y cerrar cuando hace frío.

El hornero añadió:

—Una sola ventana, pero que se pueda ver de adentro para afuera y que no se vea de afuera para adentro.

Repitió Misia Pepa dos veces todo esto para recordarlo bien;

no calló nada de cuanto pudo decir sobre ventanas, albañiles, casas y de las cuatro estaciones del año. Después, preguntó:

—¿De manera que a ustedes les parece bien que me vaya a la ciudad?

—¡Pero, señora!... — exclamaron a una voz los horneros. — Eso no hay ni que pensarlo. Váyase hoy mismo, y vuelva pronto con nuestro regalo.

—¡Adiós! ¡Adiós! — repetía Misia Pepa, mientras volaba por encima de ellos.

En los siguientes días visitó a otros muchos animales. En todos descubría ella pretextos para mover aquella lengua que no podía estarse quieta, y a todos les pedía parecer sobre su proyecto de ir a la ciudad, y les proponía que le encargaran algo. El oso hormiguero le pidió un tarro de miel; el erizo, un cepillo; el benteveo, seis ratoncitos bien gordos; el conejo tenía antojo de zanahorias; el Martín Pescador quería una caña de pescar. Todos aprovechaban la oportunidad para satisfacer sus necesidades o sus caprichos.

El día entero pasaban los esperanzados en los regalos mirando hacia los cuatro puntos cardinales, para descubrir a Misia Pepa. Como nunca aparecía, la imaginaban en busca de las cosas pedidas, o que la demoraban variados contratiempos en el camino, y éstos eran los principales motivos de sus conversaciones.

La mayoría culpaba de la demora al benteveo. Su encargo de media docena de ratoncitos bien gordos tenía que retardar el regreso de la cotorra. Gordos o flacos, le sería difícil sorprenderlos de día fuera de la cueva, y atraparlos no podía resultar tarea sencilla.

Pero lo cierto era que Misia Pepa no había ido ni pensaba ir jamás a la ciudad, y que en ningún momento tuvo la menor intención de cumplir sus fantásticas promesas.

EL ENCUENTRO FATAL

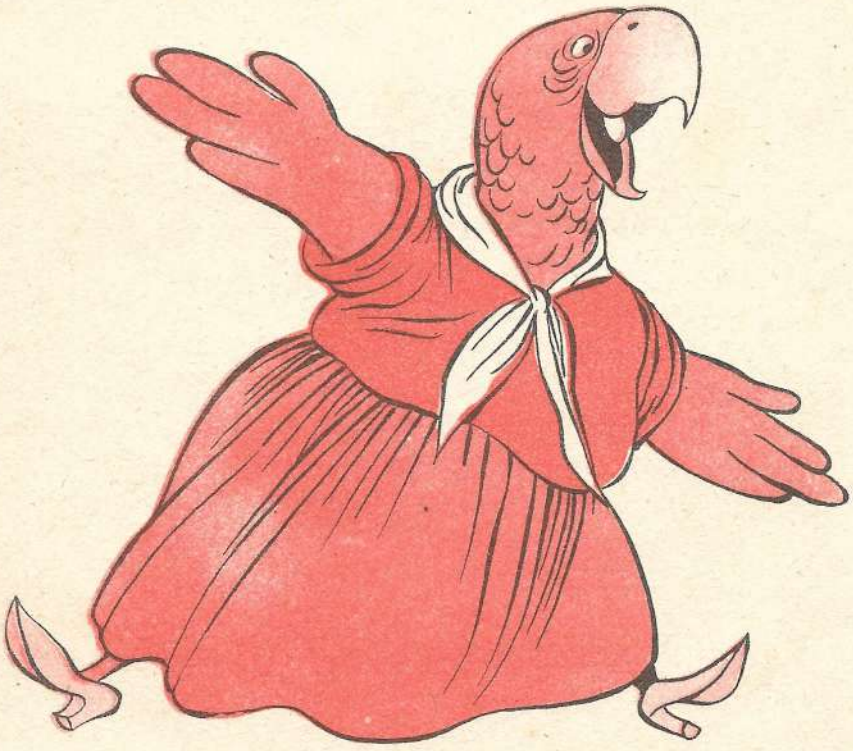
CIERTA mañana, apenas comió algo y bebió unos sorbos de agua, Misia Pepa reanudó como de costumbre sus visitas.

Volaba hacia la cueva de los hurones cuando distinguió a unas palomas de monte que estaban en un árbol muy alto tomando el sol.

"No sé si serán las mismas que visité hace algún tiempo — pensó. — Por las dudas, hablaré con ellas".

Llegó al árbol y, saludándolas, dijo: — Buenos días, señoras palomas. Vengo a preguntarles...

Una paloma le cortó la palabra:



—Ya sabemos lo que viene a preguntarnos, porque nos lo dijo usted hace muchísimo tiempo, y sabemos también que después nos va a decir si le encargamos algo.

Ante tal recibimiento Misia Pepa se quedó confundida, y más aún cuando otra paloma añadió:

—No le encargamos nada, porque la otra vez le pedimos maíz blanco chiquitito y no trajo hasta la fecha ni un solo grano.

Como si esto fuera poco, otra paloma, que había estado callada hasta ese momento y que miraba con insistente fijeza a Misia Pepa, le preguntó:

—¿Me conoce usted, señora?

En vez de contestarle, Misia Pepa se puso a respirar con fuerza y ruido, como si se ahogara.

—¡Le pregunto si sabe quién soy yo! — exclamó la misma paloma en tono imperioso y seco.

Misia Pepa seguía muda.

Y entonces escuchó estas terribles palabras:

—¿Así que ya no se acuerda de Juanita, la que estuvo con usted en la misma jaula, en la ciudad?...

Hizo una pausa, pero la cotorra callaba y respiraba como fuelle. Parecía que de repente se le había caído la lengua.

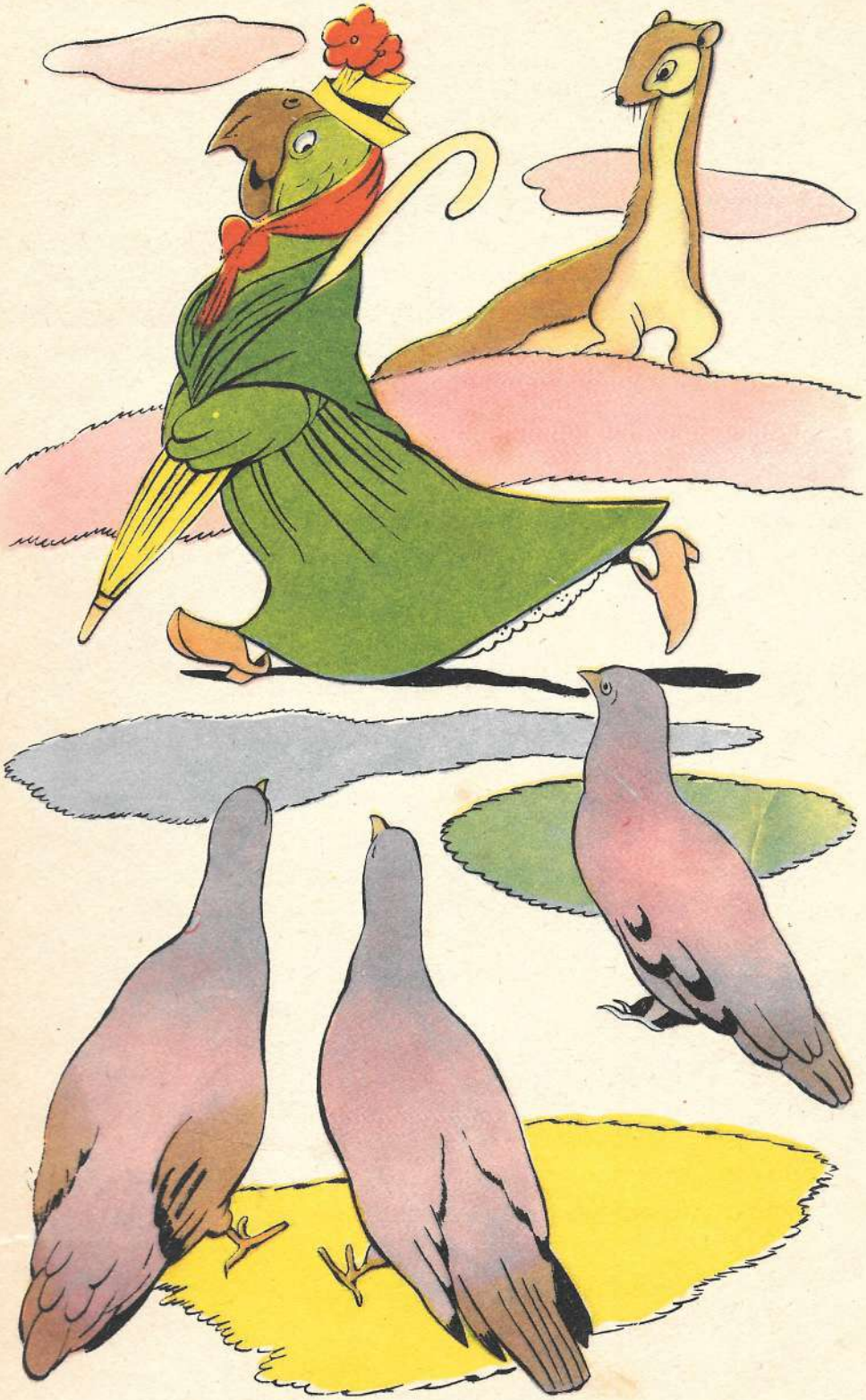
Y agregó la paloma:

—Pues yo me acuerdo muy bien, yo sé quién es usted y conozco una por una sus mentiras... ¡Ahora se acabarán! ¡Ahora sabrá todo el mundo la verdad! ¡No le alcanzará el pellejo para los picotazos!

Ante tales revelaciones, faltó poco para que Misia Pepa se desmayara. ¡Estaba perdida! ¡Perdida, y en peligro de muerte!

Juntando energías, se dispuso a huir; pero ya la rodeaban las palomas golpeándola rudamente con las alas, mientras gritaban:

—¡Pagarás tus mentiras, pícara charlatana!... ¡Pagarás tus engaños y tus burlas!

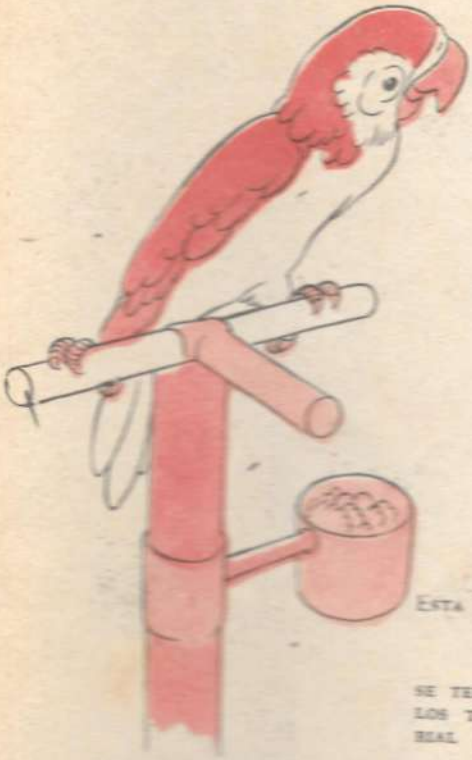


Consiguió al fin escabullirse, y huyó con tal rapidez que en un momento se perdió de vista.

PRIMERO fué en derechura hacia los álamos; pero de pronto se acordó del odio que le tenían las cotorras y se sintió aterrorizada. La venganza de ellas sería la más cruel y más sangrienta. Cambió entonces de rumbo y resolvió alejarse para siempre de aquellos sitios donde sólo recibiría en lo futuro desprecio y picotazos a granel.

Y desde entonces no se supo nada más de Misia Pepa.

Constancio C. Vigil.



ESTA SÉPTIMA EDICIÓN DE

MISIA PEPA

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL ATLÁNTIDA EN ENERO DE 1959.

EDICIONES DE ESTE LIBRO

1ª. marzo 1941, de 10 mil ejemplares.
2ª. abril 1943, de 10 mil ejemplares.
3ª. junio 1945, de 14 mil ejemplares.
4ª. mayo 1947, de 20.500 ejemplares.
5ª. sept. 1949, de 30 mil ejemplares.
6ª. octub. 1952, de 40 mil ejemplares.
y esta séptima de 50 mil ejemplares.

EN EL EXTERIOR

1ª edición brasileña, marzo 1945, de cinco mil ejemplares.

E 4899
33'

CUENTOS DE CONSTANCIO C. VIGIL

1. Misia Pepa
2. Los Chanchín
3. El Mono Relojero
4. Muñequita
5. Los Ratones Campesinos
6. El Sombrerito
7. Tragapatos
8. Botón Tolón
9. La Hormiguita Viajera
10. El Manchado
11. La Dientuda
12. La Familia Conejola
13. La Reina de los Pájaros
14. Chicharrón
15. El Bosque Azul
16. Juan Pirincho
17. Los Enanitos Jardineros
18. Los Escarabajos y la Moneda de Oro
19. Cabeza de Fierro
20. El Imán de Teodorico
21. La Moneda Volvedora
22. El Casamiento de la Comadreja

"Después de leer los cuentos de Vigil — dice la profesora Justina López de Arroyo — los niños se muestran más tranquilos y más buenos. Yo también los he leído y pienso que la sana influencia de estos libros se debe a la gran ternura que Vigil pone siempre en sus palabras. El será por muchos años el autor preferido por los niños, pues su bondad se contagia y hace que sean un poquito más buenos cada día".

LIBRO EDICION ARGENTINA